

dad del lector, con continuos guiños ácidos sobre el nacionalismo histórico que domina lo políticamente correcto de la vida española y el lujo de la cultura del pelotazo. Esa complicidad entre escritor y lector también se aprecia en la estructura de la novela, cuyo enigma queda abierto y sólo es resuelto claramente por quien lee el libro que, a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de los textos policíacos, goza siempre de más información sobre los hechos investigados que el propio protagonista.

Cinco años después de su primera aparición, Malo, ya inspector de Policía, regresa en "La Gran Bruma", que acaba de editar Espasa Narrativa. Y en esta ocasión Aparicio formula con éxito un juego arriesgado. Partiendo de la ficción y del concepto literario del doble -Lady Di se le aparece a Malo vestida de elegante princesa de Gales en las proximidades de la cárcel de Brieva-, la novela se adentra en el realismo sin estridencias ni excesivas arquitecturas estructurales para ofrecer una burla despiadada de las mafias policiales. Aparicio se acerca a la técnica ensayada por Chesterton en su serie sobre el Padre Brown que tanto deleitaba a Borges: modelar la fantasía hasta darle al relato un tratamiento realista y una solución detectivesca racional.

De nuevo el protagonista investiga una desaparición; en este caso la de un policía, a petición de su desconsolada supuesta viuda. Y el autor hace gala de su desbordante imaginación, generalmente superada por la propia realidad. Ahí están presentes los símbolos separatistas que aparecen año tras año en el Tour de Francia cuando la carrera ciclista se adentra en tierras próximas a España, el drama de las pateras, la Gran Bruma que flota sobre Marbella...

Todo son pinceladas que el lector ha de ir comprendiendo para componer el cuadro final, aunque en esta ocasión Malo ha madurado y sirve de más ayuda. El personaje va creciendo a lo largo de la novela, pierde parte de su dramática ingenuidad e incluso le permite a Aparicio hacer uso de otro de los temas básicos de su narrativa: el amor, generalmente marcado por la tragedia y ajeno a cualquier desviación cursi o despectiva tan de moda en la Literatura española actual.

"La Gran Bruma" esconde en su humor una gran amargura reflejada a través de los personajes, todos ellos vivos y reales al margen de la cantidad de páginas que ocupen. Mediante un uso ajustado y fluido de los diálogos van cobrando forma el oscuro policía Jambrina, el coleccionista de mariposas Augusto Ledesma que preside la Gran Bruma de Marbella o el moro cabrero que ha puesto su suerte en la lectura del best-seller para ejecutivos "¿Quién me ha robado mi queso?".

Hay capítulos dramáticos, de una poderosa tensión, como el de la recogida de cadáveres de emigrantes por la Guardia Civil en una playa de la Costa del Sol. Y el enigma vuelve a quedar relegado a un segundo plano por el protagonismo de la atmósfera y los personajes, aunque en esta ocasión sí queda resuelto formalmente, pese a que los resultados de la investigación se diluyen en esa Gran Bruma que, de nuevo, el Comisario Bienzobas siente próxima, con todos sus peligros.

## Acariciando la tierra

(Del libro de ensayos "De vuelta")

Por JOSÉ MORÁN FERNÁNDEZ

Yo los he visto modulando y modelando la tierra como artistas con cincel sin tiralíneas, llevados únicamente por el instinto de la creatividad, de la ilusión, de la pasión y del arrobamiento, sumidos en el embrujo de una caricia a quien les dará un fruto como hijo bien nacido, esperando que el tiempo les sea propicio y el cielo, generoso.

Yo los he visto sembrando las alubias, abriendo suavemente el surco como una boca con dos labios rojos, derramando una a una las semillas e introduciéndolas a veces con sus dedos, como penetrando y tocando un clítoris imaginario y haciendo que los labios se besen, acariciando la tierra con su azada, bajando aquél y subiendo éste.

Yo los he visto, nacida ya en su verde, tierno y enternecido, entresacar la tenue remolacha y limpiar de hierba su lindero para que en su desarrollo no haya obstáculos y crezca, crezca y crezca, regada por el hálito divino.

Yo los he contemplado, sentados como reyes en su trono, movidos por un tractor, sediento de nostalgias, ir dejando caer en suave movimiento acompasado ese "cachín" cortado de patata para que esplenda, brotando en un haz de ramas con flor, hincando su fruto sazonado entre la madre tierra, que lo alimentará con sus surtidas ubres.

Y los he visitado, llorando de emoción ante un trigo que, avariante, se ha aprovechado del buen tiempo y ha comenzado a espigar, granando con holgura, hasta ondear la caña cuya columna mantiene enhiesto el mástil.

Caricia de la tierra, cariño de los hombres y desvelos, mirando siempre a lo alto. Solos entre el amor a su tierra bendita y la devoción al cielo para que su sementera no sufra de quebrantos. Así lo he vuelto a ver, así lo he contemplado nuevamente al hombre de mi tierra, de esta tierra, de vuelta hacia mi tierra.

### El huerto como pasión

Cada persona desarrolla durante el breve, aunque se le antoje largo, trayecto de su vida una función, una tarea, un trabajo. No se trata únicamente de "pasar el rato" y menos de "matar el tiempo", como los aforismos populares motejan. Es vital descubrir las propias capacidades, revelarse a sí mismo para patentizar luego a los demás las cualidades y los valores, que a todos, de una forma o de otra, nos adornan. Y conocidas aquellas y descubiertos éstos, ser conscientes de que estamos llamados, sí llamados - no sabemos por quién, por un Dios, por el hado o por la naturaleza, de ahí la "vocación"- a multiplicar, enraizar y hacer crecer capacidades y cualidades, y a penetrar, enhebrar en la vida de cada día y endulzar la existencia con la dignidad de los valores.

Cuando al trabajo lo hemos convertido en vocación y sentimos su llamada en la inmediatez de las horas, se transforma en pasión y lo amamos apasionadamente. No "padecemos" el trabajo, lo amamos, y para quien ama, el trabajo no es nunca sufrimiento, y si lo fuera, como dijo Agustín de Hipona, se



amaría el mismo sufrimiento. Quien trabaja sólo por "ganapanería" o por los "garbanzos", como dice don Miguel de Unamuno, pierde, además del tiempo, su propia esencia, su dignidad. Quien carece de vocación, no puede responder una llamada, y toda llamada es siempre una sorpresa.

Lo he descubierto nuevamente. No le privas al hombre de mi tierra de "su tierra", no lo "des-tierras" de su trabajo, de sus instrumentos de trabajo, de su entorno, de su tecnología -sí también él tiene la suya-, de su conocimiento del cielo y sus caprichos. Se ha encariñado con sus tareas, con su trabajo. A ti te parece duro, pesado, cansador, caminar con la azada mirando su tierra, doblado casi en dos, encorvado, ansioso de que el fruto aparezca con nuevo verdor. Es su pasión, porque es -o ha hecho que sea, que tanto monta- su vocación. Lo ama; ama su trabajo, porque ama el campo, porque ama la vida, la vida más pura y sosegada, la vida de esa naturaleza, a veces ingrata, pero siempre alegre y juguetona.

Por eso, el hombre de mi tierra, el hombre ya otoñal, casi de invierno, dirige ahora sus pasos hacia el huerto. Y en el huerto planta o siembra sus "hortalizas" -son del "huerto"- y las visita como un enamorado y las besa y las acaricia con su mano tierna y encallecida y con su riego con olor a colonia. Siempre frescas como una primavera renacida en el otoño de su vida las cultiva para su deleite. El huerto es hoy su pasión y lo ama apasionadamente. Dale un huerto y lo verás rejuvenecer. Vuelve el amor y con él la pasión. Y él vuelve a la vida.

### El jardín como terapia

Si algo tenemos que reprocharles a nuestros primeros padres - así llamados, porque los desconocemos, es el haberse permitido el lujo del destierro, el haber sido arrojados del paraíso, del jardín del Edén. Allí gozaban -valga aquí la leyenda o el mito- de todo, placeres incluidos y, en especial, en el jardín hallaban el gusto de vivir, el equilibrio, la salud en todas sus dimensiones. Interna y externamente la vida desarrollaba su trayectoria sin el mínimo atisbo de quebranto. Vivían, que es la mejor palabra y la más excelente actividad, cuando se nutre del olor, del sabor, del ritmo y la melodía, de la suavidad del tacto y de la caricia del contacto en su relación acompañada.

El jardín del Edén era, en efecto, un paraíso y un regalo para la vista, para el olfato, para el gusto, para el tacto y para el oído y para esa

íntima sensibilidad que se llama complacencia. Las flores, las rosas, los pensamientos, las petunias, los helechos, los geranios y las multicolores orquídeas con el canto armonioso de los pájaros, pendían del misterio como ángeles benditos cantando a coro abierto. Era el edén, un paraíso y un milagro, nacido con el primer despertar y así abonado para deleite del hombre, rey coronado en una creación grandilocuente.

Eso fue, nos dicen las Letras Sagradas, como una sinfonía inacabada, porque los humanos no supieron arrancar a su guitarra acordes más sublimes y concluir la canción. Y el hombre sigue buscando aquellas notas que le den el final de una música, armonía en el múltiple arpegio de su existencia.

Y ahora el hombre busca nuevamente el jardín, su jardín. Cada persona tiene su propio paraíso perdido y anda en busca del mismo, tratando, como dice san Juan de la Cruz, de darle a la caza alcance. Para él hoy su jardín se ha convertido no sólo en una búsqueda, sino en una terapia. Es cura de su espíritu y solaz para su cuerpo, un placer para todo su ser. Cuando halla su jardín, aunque sea en el monocorde piano de su carne o en la armonía prestigiante de su paz complacida, descubre que su vida tiene sentido y que ha vuelto al origen del placer, a la sensibilidad agradecida de la vida y a la esplendidez de su mirada sorprendida.

Por eso, hoy el jardín es su jardín y la vuelta al jardín le devuelve la salud, la vitalidad y el placer de lo bello. La belleza de la vida renace en el jardín y entre geranios, petunias y pensamientos, duerme plácidamente el sueño de una felicidad perdida, ahora recuperada. Su jardín ha sido su terapia y hoy curar es, para él, volver a la vida. El hombre de mi tierra ha regresado al jardín, al paraíso, al edén, a la felicidad. ¡Ojalá no la abandone él y no lo abandone ella!



Artesanía alfarera de Hortensia